

Iñigo López Palacios

Los militantes

Unas cuantas reflexiones sin importancia a raíz del asunto que incumbe a Pablo e Isabel

Con 17 años me afilié a un sindicato de estudiantes. Desde niño devoraba libros de historia, a los 13 descubrí que esa historia que me apasionaba era en realidad política y, angelito, quería ser parte de la historia. Durante la primera adolescencia me dediqué a dar bandazos ideológicos que prefiero no recordar, pero a los 16 ya era rojo como la sangre. Durante tres años me metí en todos los líos imaginables, hasta que, en un momento dado me bajé del carro. Pero no dejé la militancia



porque no ganáramos ni una sola lucha, sino por las peleas internas. Cualquier implicado en algo así sabe que el *gag* del Frente de Liberación de Judea y el Frente Judeo de Liberación de los Monty Python en *La vida de Brian* es una auténtica tontería comparado con los odios y las venganzas que se mueven dentro de una organización real. En aquella época, otra docena de conocidos de mi edad se habían afiliado a partidos. Cubrían un enorme espectro, del PP a HB, y a la mayoría les seguí la pista durante años, por pura curiosidad. A muchos les sucedió lo que a mí, pasaron de miembros a simpatizantes, pero no todos. Y, sorpresa, los que se quedaron no eran precisamente los más capaces. Si algo aprendí es el funcionamiento interno de las estructuras jerárquicas. Por lo general, se premia la lealtad perruna, no la brillantez. El que se queda, y, sobre todo, el que medra y es promocionado, más que firmes principios suele tener una impresionante capacidad de adaptación y ojo de halcón a la hora de elegir camarilla. Por eso me eché a temblar cuando me di cuenta de que los puestos de responsabilidad se empezaban a llenar de antiguos miembros de juventudes. No pienso que todos los políticos sean iguales, pero mi experiencia me dice que desconfíe de aquellos que han sobrevivido a esas picadoras de carne.



Firmado: Ingmar Bergman

Cierto editor independiente quiere demostrar que el director de *Como en un espejo* en realidad fue mejor novelista que cineasta. ¿Pueden millares de cinéfilos estar equivocados?

ALGUNOS AMIGOS DE César Sánchez, fundador de la editorial logroñesa Fulgencio Pimentel, consideran anatema que tenga a Ingmar Bergman por mejor escritor que cineasta. Para justificarse, él les somete a un pequeño experimento. “Les envío pasajes de sus guiones. Son tan literarios que a menudo las escenas de sus películas tienen más fuerza por escrito que en la pantalla”, dice el editor por teléfono. Tan convencidos están en Fulgencio Pimentel de que el sueco gana como literato que el año pasado decidieron convertirle en una de las estrellas de su catálogo y recuperar su obra escrita. Comenzaron con *La buena voluntad* y ahora publican su continuación, *Niños de domingo*, una novela en la que un Bergman ya anciano revive un día de verano de su infancia. En el libro aparecen temas tan típicos de su cine como la fe o el miedo a la muerte, pero también otros menos habituales como la escatología. “Es un libro bastante *felliniano*, aunque también recuerda a *Fresas Salvajes*”, explica Sánchez. Lo próximo será *Conversaciones íntimas*, cierre de esta trilogía de novelas autobiográficas, y una selección de ensayos inéditos en español. Quizá a partir de ahora quien elogie a Bergman ya no solo tenga que aclarar si se refiere al director de *Secretos de un matrimonio* o a la protagonista de *Encadenados*. Habrá quienes como en Fulgencio Pimentel prefieran al novelista antes que al realizador cinematográfico. **DIEGO PARRADO**

